

Cien años de historia
social y deportiva de
Colo-Colo (1925-2025)



QUIÉN ES CHILE

Esteban Abarzúa



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Esteban Abarzúa

Derechos exclusivos de edición:

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,

Providencia, Santiago de Chile

Imagen de cubierta: Juan Carlos Cáceres

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: marzo de 2025

RPI: 2025-A-101

ISBN: 978-956-408-699-6

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Esteban Abarzúa

QUIÉN ES CHILE

**Cien años de historia social
y deportiva de Colo-Colo (1925-2025)**

*A mi esposa, mis hijos y mis padres.
Y a Leonel Herrera, Zapatitos con Sangre.*

Índice

Primera parte: Vámonos, Quiñones.....9

1. Hijos de la estación: 1895-1912..... 11
2. Profesores para Chile: 1913-1918..... 20
3. Un sueño en el Gran Parque Central: 1919-1924..... 30
4. Que jueguen los viejos: 1925..... 40
5. Quita Penas: 1855-2024 60
6. Hotel Inglaterra: 1927 69
7. Primeros caudillos: 1925-1936 80
8. Camino al Pedrero: 1939-1955..... 92
9. Del Chato a Cuacuá: 1927-1965 101

Segunda parte: El té y la marraqueta..... 111

10. Se pasó, se pasaron: 2024-1923..... 113
11. Chicago Boys: 1976-1979..... 128
12. Monumental: 1958-1989..... 161
13. Hasta la morir: 1931-1991..... 174
14. Campeonas de América: 2007-2024..... 201
15. De la cuna al cajón: 1925-∞ 221
16. Aunque nos digan: 1925-2011..... 245
17. De Toro a Vasconcelos: 1959-1985 257

Tercera parte: A morir por el Colo 265

18. La quiebra: 1991-2002..... 267
19. A morir por el Colo: 2002 301
20. En Blanco y Negro: 2005-2035 307
21. La era de los clásicos: 1925-2024..... 359
22. De Barti al King: 1988-2024 397
23. Sueños de niñez: 1931-2024..... 405

“Buscar la victoria hasta la morir”.

MIRKO JOZIC, 1991

Vámonos, Quiñones

1. Hijos de la estación: 1895-1912

María del Rosario Moraga Delgado y su esposo Antonio Arellano Hernández llegan a Santiago en 1895, desde Concepción. Tienen tres hijos: Alberto, Marta y Paulina, pero a esa altura ya lamentan la pérdida de Pedro, su primogénito, nacido en los primeros días de 1888 y fallecido al año de vida. La muerte no les ha sido ajena ni lo será jamás, como en la mayoría de las familias chilenas de su clase entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Por aquella época, la esperanza de vida al nacer en Chile bordea los veintiocho años y los niños sufren especialmente las consecuencias. Según un informe de los doctores Lucas Sierra y Eduardo Moore, fechado en noviembre de 1893, la mortalidad infantil en Santiago llega al 69 % de la mortalidad general entre 1885 y 1889, sin duda uno de los peores indicadores del país junto a las ciudades de Concepción, Lota y Coronel. Por cada mil niños que nacen en Chile entonces, trescientos mueren antes de los diez años. “El país de los muertos”, dice el historiador Gonzalo Vial al estudiar posteriormente el periodo.

Sobre todo los pobres, obreros, artesanos y campesinos son quienes tienen que aprender a convivir con la muerte y a lidiar cada día contra sus atajos. Hay seis hijos de los Arellano Moraga que alcanzan la mayoría de edad: Alberto, los gemelos Carlos y Francisco, David, Alejandro y Guillermo; sin embargo, otros seis no lo logran: Pedro, Marta, Paulina, Ana Luisa, Rosalía y Eduardo. Paulina es la que llega más lejos, hasta los dieciséis años, víctima de la tuberculosis. Le sigue Marta, con ocho, con lo que la medicina de la época describe como un ataque cerebral. Es la historia de cualquier familia chilena que intenta ganarse dignamente un

lugar donde vivir mientras la patria se acerca a cumplir su primer centenario: algunos desaparecen de la fotografía antes de llegar a grandes.

Rosario Moraga Delgado y Antonio Arellano Hernández se conocen, ella se embaraza, se casan el 2 de junio de 1887 en la Iglesia del Sagrario de Concepción y a los siete meses nace Pedro. Antonio Arellano, nacido en 1847 en Cauquenes, es diecisiete años mayor que Rosario Moraga. Ella es de 1864. El viaje a Santiago es una ilusión en busca de un futuro mejor. Al llegar a la capital son incorporados al Censo Nacional del 28 de noviembre de 1895, entre los 415.636 habitantes de la provincia de Santiago, donde Antonio queda registrado como uno de los 5.232 carpinteros disponibles en la zona. Es el cuarto oficio más popular, detrás de los empleados del comercio, gañanes y empleados particulares. Hay 2.679.129 chilenos censados en total; 1.829.104 son analfabetos, el 68,3 %. Ser un Arellano Moraga en el cambio de siglo es un partido abierto. Pero de visita, en territorio hostil.

En Santiago se instalan prácticamente junto a las líneas del mismo tren en el que arribaron desde el sur. En la segunda cuadra a un costado de la Estación Alameda, que recién en 2021 pasará a llamarse oficialmente Estación Central. Quedan transitoriamente en una vivienda sencilla de la avenida Latorre, en la misma dirección en que, según la Guía Completa de Santiago y Comercial de Valparaíso 1901-1902, figuran otras personas de apellido Arellano: Doralisa, Fernando, Víctor y Zoila. ¿Parientes de Antonio Arellano? De su biografía apenas se conocen otros detalles: nace en Cauquenes, hijo de Liborio Arellano y Cruz Hernández, trabaja toda su vida y le cuesta firmar con su nombre en los libros del Registro Civil, con una letra temblorosa y forzada que deja dudas sobre su dominio de la escritura. Antonio tiene al menos un hermano mayor de nombre León que fallece de una insuficiencia al corazón en enero de 1888, según consta en el acta de defunción en la que además firma como compareciente otro Arellano que se llama David, de oficio comerciante y una edad de treinta años por entonces, con domicilio en Santiago. Ese David Arellano, nacido alrededor de 1857, también debe ser hermano de Antonio.

La calle en que los Arellano Moraga inicialmente viven de allegados le rinde honores al almirante Juan José Latorre, héroe de la Guerra del Pacífico, y cuyo trazado lo autoriza en 1891 la Intendencia de Santiago para incorporar al control policial y de la autoridad las viviendas que se improvisan entre el Camino de Cintura Occidente, actual Matucana, y el poblado de Las Rejas en el extrarradio de la ciudad. La calle Latorre no es más que una continuación de la Alameda de las Delicias, que en los planos de Santiago figura entonces desde las Cajitas de Agua por el oriente, hoy el sector de Plaza Baquedano, hasta la avenida Exposición por el poniente. Latorre sigue la línea de la Alameda en dirección a la costa, separándose a unos metros de la avenida Chuchunco, que corre en paralelo y pronto será rebautizada como avenida Ecuador y mucho después como Víctor Jara.

La infancia de los hijos de Antonio y Rosario transcurre en el límite urbano, prácticamente en las últimas casas de la ciudad como tal, saliendo de la estación a mano izquierda. Después se cambian a la calle Covadonga, a tan solo unos metros de distancia en un pasaje corto perpendicular a Latorre. Primero pasan por el 104 de Covadonga, propiedad de Ferrocarriles del Estado, empresa en la que a esa altura trabaja Antonio. Ahí nace David. Luego se mudan al 143 de Covadonga y finalmente, en 1937, al número 135 de la misma calle. Covadonga 135 se convertirá en un lugar de peregrinaje para los hinchas de un club que todavía no existe y el futuro municipio de Estación Central le cambiará el nombre a Covadonga por uno más adecuado, el 19 de abril de 2001: la calle Hermanos Arellano. En rigor, la idea original es ponerle David Arellano, pero esa calle ya existe desde 1961 en la Villa Francia, dentro de la misma comuna.

La vida junto a la estación de trenes, en ese barrio que año tras año empieza a borrar del mapa las chacras del antiguo fundo de San José de Chuchunco y sus alrededores, es un auténtico hervidero. Al frente de la estación, cruzando Latorre, está la Escuela Normal de Preceptores y un poco más allá la Escuela de Artes y Oficios. También la Escuela de Agricultura, en el deslinde de la Quinta Normal de Agricultura. Antonio Arellano, ya está dicho, se queda a solo unos metros del tren del que bajó con su esposa,

tres hijos y un par de maletas. Al lado del ferrocarril siempre hay trabajo, ahí está el porvenir: un sueño posible para los hijos del carpintero Arellano. Pero hacia atrás, apenas unos metros al sur de la estación, hay otras historias. Algunas indeseables. Después de todo son vecinos de una estación de trenes en una época áspera, de dolor y necesidades. En el día todo es movimiento. En la noche se desliza la tentación de los bordes.

El roto, de 1918 y acaso la novela más conocida de Joaquín Edwards Bello, ocurre en el mismo barrio durante un tiempo que coincide con la infancia de los hermanos Arellano Moraga, en los primeros años del nuevo siglo, alrededor de personajes que entran y salen del prostíbulo La Gloria. El propio escritor cuenta en un artículo de 1954 que su inspiración emana de un local regentado por Ema Láinez en el número 227 de la calle San Borja y que él llega a frecuentar después de publicar *El inútil* en 1910. El barrio descrito es “sórdido, sin apoyo municipal” y sus calles “se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas”. Mujeres “de vida airada rondan las esquinas al caer la tarde”, “miserables busconas, desgraciadas de último grado”. En la plaza y las callejuelas vecinas a la estación “hay multitud de pensiones o fondas sospechosas, a dos pesos el rato o tres pesos la noche, con criadas jóvenes y complacientes que por las tardes se destacan en las puertas, sonriendo a los transeúntes de manera extraña”. La marginalidad en *El roto* es aplastante y su estilo naturalista que expone las miserias del bajo pueblo resulta repulsivo para algunos críticos de la época. Edwards Bello se los echa en cara y lo aman o lo odian. Es su retrato de Chile a través del barrio de la estación.

En un arrabal bravío que se despereza en las mañanas al son de los pitazos de las locomotoras, las fábricas y la maestranza. Minutos después de llegar el expreso del puerto, al mediodía, se recoge y duerme un par de horas; la noche trae la remolienda que lo hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y gritería destemplada.

Desde el sábado al atardecer y todo el domingo es osado aventurarse por esos contornos donde flota la influencia asesina del licor. Los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo

que les llama con fuerza ciega. Por todos lados se percibe el rumor de la orgía que arranca hombres y mujeres de sus hogares sórdidos donde se revuelcan los críos harapientos abandonados a su suerte. Por las casas de préstamos de tercer orden, esas ferias piojosas de los barrios bajos santiaguinos, hay aglomeración de mujeres lamentables que empeñan zapatos, faldas, hasta colchones, para dar un mendrugo a la prole que chilla en la mugre de la covacha.

Cuando las luces del alba clarean ese cuadro dantesco donde muere un rumor de orgía pobre, los policías empiezan a descubrir, entre los montones de estiércol, hundidos en los baches, hombres destripados, caídos aquí y allá con un estertor de agonía aguardentosa, sin chaqueta ni zapatos en el charco de sangre que se convierte en barro.

La chiquillería da la nota riente de esas calles, de cinco a quince años se les ve, cínicos y traviosos, jugando, vendiendo periódicos o llevando maletas pequeñas hasta los coches, saltando sin sombrero ni zapatos, se ponen negros, los pies se les endurecen y alargan. La estación les llama, les atrae con fuerza, conocen los nombres de las locomotoras, se saben de memoria el horario de los trenes que llegan regularmente, envueltos en su calina, como a decir que son la razón misma de esa vida febril y enérgica que transformó a la ciudad.

Los límites biográficos son difusos, pero en el hogar de Rosario Moraga y Antonio Arellano las cosas están más claras, a juzgar por sus decisiones. Quiere el destino que su hijo Alberto, convertido en el mayor tras la breve existencia de su hermano Pedro, sea el más estudioso de la familia. Los que vienen detrás tratan de caminar sobre sus pasos. Doce años menor que Alberto, David Alfonso Arellano Moraga nace el 29 de julio de 1901.

David aprende a leer y escribir cuando Alberto ya está en camino de convertirse en profesor de castellano, caligrafía y artes plásticas. No es una mera casualidad. Alberto y mamá Rosario le enseñan a leer. También trae consecuencias el hecho de que Alberto se una con entusiasmo a las filas del Team Baquedano, que por esos años funciona como el segundo equipo de fútbol de Magallanes Atlético, el club fundado en las entrañas de la Escuela Normal de Preceptores. No es un jugador que destaque, pero su nombre aparece en la prensa escrita entre los citados para “el partido del domingo” y le basta para convertirse en espejo de sus hermanos menores con un balón en los pies. David se vuelve un

niño futbolista en la Escuela Superior Número 10, emplazada en el 3889 de Las Delicias, que acaba de alargarse a esa altura de la Alameda a costa de Latorre. Entre una década y otra, la Alameda engulle a Latorre hasta hacerla desaparecer.

El nuevo siglo trae adelantos a la ciudad de Santiago. La Estación Alameda inaugura su nuevo edificio en el año 1900, con su característico galpón de estructura única en acero traído desde Francia por la firma Schneider-Creusot. Los primeros autos Darracq C, importados por Besa y compañía desde 1902, empiezan a circular por las calles de la capital y a estacionarse junto a los carruajes y las unidades del denominado ferrocarril de sangre o tranvía en la Plaza Argentina, inaugurada en 1903 frente a la estación.

El domingo 22 y el lunes 23 de octubre de 1905 todo el eje de Las Delicias es remecido por una ola de violencia inusitada. La “huelga de la carne” golpea las puertas de la ciudad. Una multitudinaria manifestación popular en contra del impuesto a la carne argentina, que favorece a los terratenientes chilenos y encarece los costos para la población, termina con descolgados de la protesta que saquean negocios particulares y vandalizan edificios públicos. La violencia es reprimida con más violencia. Muertos: más de doscientos. En la Estación Alameda resulta destruida una central de telégrafos y el lunes 23 una poblada de tres o cuatro mil manifestantes logra detener el tránsito ferroviario tras asaltar y apedrear un tren de pasajeros. La élite reacciona con displicencia y eventualmente con desprecio frente a las demandas que les plantea la denominada cuestión social. Se habla hasta de treinta mil asalariados en la Alameda, pero en la prensa el énfasis de la protesta se remite a la violencia: actos delictivos protagonizados por vagos, desempleados y diversos tipos de lumpen. Por los muertos nadie se arruga. En una controvertida decisión, las autoridades entregan armas a cuerpos de bomberos y grupos de jóvenes de la alta sociedad para ayudar en el control a una policía desbordada por los acontecimientos. Esa guardia blanca formada por civiles también incurre en excesos, alimentados por un odio de clase hasta ese momento en estado de latencia. Es el Chile que se acerca a la celebración de su primer centenario en 1910: un país en

el que las clases dirigentes todavía no se dan por enteradas de las necesidades de los que tienen menos. El 21 de diciembre de 1907 las tropas al mando del general Silva Renard abren fuego contra una multitud en la Escuela Santa María de Iquique, contra los obreros y sus familias. El parte de Silva Renard menciona ciento cuarenta muertos, cifra corregida a la baja en ciento veintiséis en el primer informe oficial un año después. Pero no son menos de dos mil los fallecidos, sepultados en su mayoría en una fosa común. Tendrán que pasar décadas para que se sepa.

En ese Chile la carrera de profesor se constituye como la primera profesión que genera movilidad social efectiva entre sus miembros, como lo dan a entender las historiadoras Sol Serrano, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo en su *Historia de la educación en Chile (1810-2010)*. Desde sus primeros días, la Escuela Normal de Preceptores es vista como un vehículo para abandonar la pobreza por sus aspirantes: “Se convirtieron en el primer grupo de profesionales certificados provenientes de sectores populares y el primero que incluyó a mujeres”. Con las reformas de José Abelardo Núñez, quien aboga por el modelo de enseñanza alemán, el normalismo se propone levantar de su postración a la educación popular. Las preceptoras y los preceptores se constituyen en el vínculo inicial de su propia clase con el acceso a la educación. Profesionales que dejan de ser pobres enseñándoles a leer, a sumar y restar a los pobres.

Hijo de un carpintero y de una dueña de casa, Alberto Arellano se embarca con naturalidad en el desafío intelectual que le propone la vida siendo todavía un adolescente. Se gradúa en 1910 como normalista y obtiene un puesto para ejercer como profesor titular en el Instituto Comercial de Arica en 1912. Su designación en el extremo norte del país coincide con una nueva tragedia familiar: la muerte de su padre, Antonio Arellano, el 6 de octubre de 1911. La tuberculosis vuelve a golpear a los Arellano Moraga de la calle Covadonga. Paulina del Carmen, la hermana que sigue después de Alberto, fallece a los dieciséis años, en 1907, también a causa de esta enfermedad que se vuelve implacable con las clases bajas. El hacinamiento y la pobreza multiplican los efectos de la llamada tisis entre los habitantes de la capital.

El mayor de los Arellano Moraga decide cumplir de todos modos con la misión encomendada por el magisterio en Arica y viaja con sus hermanos David y Francisco. La separación forzosa de la familia es otro golpe. Alberto Arellano se convierte en guía y maestro de sus hermanos y al mismo tiempo se ve obligado a suplir económicamente el rol de padre en ausencia de este. Entre el 29 de septiembre y el 6 de octubre de 1912 es uno de los quinientos asistentes al Congreso Nacional de Educación Secundaria en la Universidad de Chile. Al año siguiente están de vuelta en Santiago. Rosario Moraga necesita tener a todos sus hijos frente a sus ojos. En su condición de viuda se hace más fuerte: cinco de sus seis hijos todavía son menores de edad cuando muere Antonio Arellano. Según un relato inédito del historiador Óscar Espinoza Moraga, al que tiene acceso Sebastián Salinas durante la investigación para su libro *Por empuje y coraje*, su tía Rosario Moraga Delgado tiene bella letra, si bien un oficial civil informa que “la madre no sabe firmar” en el acta de defunción de su hija Ana Luisa Arellano en 1899. Puede ser por la conmoción o por el apuro del funcionario para aliviar el trámite de los deudos. El caso es que en su acta de matrimonio con Antonio Arellano, de 1887, efectivamente revela una escritura depurada, a diferencia de su marido. De ella y de su hijo Alberto depende que el resto de la familia salga adelante. El mínimo exigible a los hermanos Arellano Moraga es que completen su educación. Tienen una madre y un hermano mayor con las herramientas adecuadas para lograrlo.

No parece tan difícil, pero el punto de partida les exige grandes esfuerzos como familia. Los niños chilenos de estos años entran a la escuela y no la terminan. El ausentismo escolar salta de la media, apenas los más pequeños aprenden a leer y escribir y más tarde se vuelve implacable cuando llegan a una edad en que pueden ayudar a los padres en el sustento del hogar. El trabajo infantil es quizás el gran enemigo de la educación en Chile a comienzos de siglo, reforzado por el alza en el costo de la vida y el relativo empobrecimiento de las clases bajas. La familia obrera no siente un aprecio especial por la escuela. “Estos obreros realizaban una labor manual que no requería necesariamente de educación ni de una mayor especialización para recibir un salario o jornal, opacando el

sentido de la escuela para sus familias”, afirma Francisca Rengifo en el capítulo “Escuela y hogar”, de la *Historia de la Educación en Chile*. A los Arellano Moraga, en principio, no los distingue nada respecto de la realidad social que les toca: una familia grande que depende de un salario de carpintero más bien bajo del único hombre del grupo que trabaja y que más encima muere cuando sus hijos son pequeños y se crían en un barrio donde abundan el trabajo mal remunerado y las tentaciones de la calle. A su favor cuentan con una madre que sabe leer y escribir, un padre que no pretende heredarles su oficio artesanal y un hermano mayor que logra ver en la escuela el futuro que se oculta a la mayoría de los que son como ellos en Chile. Es suficiente para dar el siguiente paso.

2. Profesores para Chile: 1913-1918

El Programa de las Escuelas Primarias publicado en 1910 por la Inspección General de Instrucción Primaria, a cargo de Rafael Díaz Lira, propone introducir el estudio de la historia en los alumnos más pequeños a través de cuentos sobre los héroes del pueblo mapuche y sus aventuras: Lautaro, Galvarino, Caupolicán, Fresia, Colo-Colo. En la segunda parte del primer curso ya se relatan historias sobre los padres de la patria, desde Bernardo O'Higgins hasta Arturo Prat. El acercamiento a las raíces y el sentido de pertenencia son objetivos primordiales, según el programa:

Dentro de la historia patria deben enseñarse los acontecimientos que muestren al niño lo que es la patria y le permitan seguirla a través de su desenvolvimiento social, político y económico, enorgulleciéndose con sus progresos y sus éxitos y enterneciéndose con sus desgracias. Así, instruido en la historia de su nación, familiarizado con los nombres y las obras de los personajes ilustres, el niño, se sentirá miembro de una gran familia, a ella dedicará su cariño y sus energías, cuyas serán las glorias del pasado y, conociendo a precio de qué sacrificios las obtuvieron nuestros padres, sabrá defenderlas y acrecentarlas.

Tras la Guerra del Pacífico, y a las puertas del centenario, el énfasis en lo nacional, sus valores y orígenes se vuelve norma. En 1899 se encarga al profesor Enrique Nercasseau, el primer filólogo chileno, una versión corregida y anotada de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, para “proporcionar a las escuelas un libro de lectura instructiva, patriótica e ilustrativa”. Hay una omisión evidente en el relato del héroe mapuche que se pretende instalar, secuela de la llamada “pacificación de la Araucanía” en décadas recientes,

pero los niños de la época no alcanzan a enterarse de esas heridas aún abiertas. Lo que prima es el entusiasmo al acometer la tarea crucial de enfrentar las altas tasas de analfabetismo nacional. En 1920, por fin, los que saben leer en Chile superan en número a los que no, coincidiendo formalmente con la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

La generación de David Arellano se empapa generosamente de este espíritu lanzado hacia la nostalgia del naciente pueblo chileno y la esperanza de un futuro esplendor. En lo formal, el niño Arellano Moraga se enfrenta a los desafíos del aprendizaje que cada etapa le exige. El primer ciclo de la educación dura seis años en las escuelas primarias, que a su vez se dividen en elementales, de cuatro años, y superiores, de dos años. Luego de pasar por la elemental, David completa el ciclo de la primaria en la Escuela Superior Número 10, justo frente a una escultura recién instalada que luego se convertirá en mito urbano: la Pila del Ganso. Después de una temporada en el Instituto Técnico y Comercial de Arica, en 1912, vuelve a Santiago para enrolarse en el Instituto Comercial de Santiago. Al año siguiente da las pruebas de admisión en la Escuela Normal de Preceptores, con el patrocinio de su hermano Alberto y de un profesor cercano que con el tiempo se vuelve clave en su formación como deportista: Marco Antonio Vera. A los doce años, según Vera, ingresa a los cursos preparatorios de la Escuela Normal: “A esta prematura edad vi todas las cualidades del futuro hombre que iba a ser músculo por un cerebro dinámico y una moral intachable”.

Cuando la funda Domingo Faustino Sarmiento en 1842, la Escuela Normal recibe a jóvenes de dieciocho años que sepan leer y escribir y puedan “acreditar por medio de una información sumaria buena conducta, decidida aplicación y pertenecer a una familia honrada y juiciosa”. El requisito de la edad se rebaja a dieciséis años, según el reglamento de 1863, y luego se flexibiliza con las reformas de José Abelardo Núñez en su Organización de Escuelas Normales de 1883, donde propone el establecimiento de los cursos preparatorios para niños de hasta doce años, siguiendo la experiencia de las *präparanden-schulen* del sistema alemán. En la Ley Orgánica de las Escuelas Normales de 1929 se establece definitivamente un plan de estudios a seis años que elimina la fase